

# CRISTO: EL VENCEDOR DE SATANÁS



CHARLES H. SPURGEON (1834-1892)

# CRISTO: EL VENCEDOR DE SATANÁS

## Contenido

I. Los hechos .....	6
II. Nuestra experiencia .....	11
III. La motivación.....	15

Sermón #1326 predicado el domingo 26 de noviembre de 1876, por Charles Haddon Spurgeon, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

© Copyright Allan Roman. Traducido por Allan Roman; usado con permiso; [www.spurgeon.com.mx](http://www.spurgeon.com.mx). Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Christ the Conqueror of Satan*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

**CHAPEL LIBRARY**

2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA

*Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227*  
*chapel@mountzion.org • [www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org)*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: [www.chapellibrary.org/spanish](http://www.chapellibrary.org/spanish).

# CRISTO: EL VENCEDOR DE SATANÁS

*“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya;  
ésta te herirá en  
la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.*  
(Génesis 3:15)

**E**ste es el primer sermón evangélico que fuera predicado jamás sobre la superficie de esta tierra. Fue, en verdad, un discurso memorable, siendo el propio Jehová el predicador y teniendo a la raza humana entera y al príncipe de las tinieblas como audiencia. Es algo digno de nuestra más profunda atención.

¿Acaso no es sumamente notable que esta grandiosa promesa evangélica haya sido comunicada casi a continuación de la transgresión? Aún no había sido pronunciada ninguna sentencia sobre ninguno de los dos seres humanos ofensores, y, sin embargo, una promesa fue ofrecida bajo la forma de una sentencia pronunciada en contra de la serpiente. No había sido condenada aún la mujer a dolores en sus preñeces, ni el varón a un trabajo extenuante, y ni siquiera la tierra había sido sujeta a la maldición de espinos y cardos. Ciertamente “la misericordia triunfa sobre el juicio” (Stg. 2:13). Antes que el Señor dijera: “Polvo eres, y al polvo volverás” (Gn. 3:19), le plugo decir que la simiente de la mujer iba a herir la cabeza de la serpiente. Regocijémonos, entonces, por la pronta misericordia de Dios que vino con palabras consoladoras para nosotros en las primeras vigilias de la noche del pecado.

Estas palabras no fueron dirigidas directamente a Adán y a Eva, sino que estaban claramente dirigidas a la propia serpiente, para comunicarle el castigo por lo que había hecho. Aquel fue un día de cruel triunfo para la serpiente: le embargaba el gozo que su tenebrosa mente era capaz de experimentar, pues se había entregado a su malicia y había gratificado su inquina. Había destruido en el peor sentido una parte de las obras de Dios, había introducido el pecado en el nuevo mundo, había sellado a la raza humana con su propia imagen y había acumulado nuevas fuerzas para promover la rebelión y para multiplicar la transgresión, y, por tanto, sentía esa suerte de alegría que puede conocer un demonio que lleva un infierno en su interior. Pero ahora Dios interviene, asume

el pleito personalmente y hace que el demonio sea avergonzado en el propio campo de batalla en el que había obtenido un éxito temporal. Le dice al dragón que él se encargará de habérselas con él. Esta contienda no será entre la serpiente y el hombre, sino entre Dios y la serpiente. Dios dice, con solemnes palabras: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya”, y promete que en el cumplimiento del tiempo surgirá un Adalid, el cual, si bien sufrirá, golpeará al poder del mal en una parte vital y herirá a la serpiente en la cabeza. Me parece que este era un mensaje de misericordia todavía más consolador para Adán y Eva porque tendrían la seguridad de que el tentador sería castigado, y como ese castigo implicaba una bendición para ellos, la venganza merecida por la serpiente sería la garantía de misericordia para ellos mismos. Sin embargo, al dar la promesa de esa manera indirecta, el Señor tuvo la intención de decir: “No hago esto por ustedes, oh varón y mujer caídos, ni por sus descendientes, sino por mi propio nombre y honra, para que no sean profanados ni blasfemados entre los espíritus caídos. Yo asumo reparar el daño que ha sido causado por el tentador para que mi nombre y mi gloria no sufran mengua entre los espíritus inmortales que miran la escena desde lo alto”. Todo esto sería muy humillante aunque muy consolador para nuestros padres, si pensaron en ello, viendo que la misericordia otorgada por la bondad de Dios es siempre más segura para nuestra turbada aprensión que cualquier favor que pudiera sernos prometido por nosotros mismos. La soberanía y gloria divinas nos proporcionan un cimiento más sólido de esperanza que el mérito, aun si pudiera suponerse que existiera el mérito.

Ahora debemos notar con respecto a este primer sermón evangélico que fue el sostén de los primeros creyentes. Esta fue toda la revelación que Adán conoció, y toda la revelación que Abel recibió. En el cielo de Abel brillaba esta estrella solitaria; alzó sus ojos y la vio y creyó. En su luz identificó la palabra “sacrificio” y trajo entonces de los primogénitos de sus ovejas y los puso sobre el altar y demostró en su propia persona cuánto odiaba la simiente de la serpiente a la simiente de la mujer, pues por su testimonio su hermano lo mató. Aunque Enoc, séptimo desde Adán, profetizó con respecto al segundo advenimiento, no parece que haya dicho nada nuevo concerniente a la primera venida, de manera que esta promesa solitaria permanecía como la única palabra de esperanza para el hombre. La antorcha que ardía detrás de las puertas de Edén justo antes de que el hombre fuera echado fuera, iluminó el mundo para todos los creyentes hasta que le agradó al Señor proyectar más luz y renovar y ampliar la revelación de su pacto cuando le habló a su siervo Noé. Aquellos venerables padres que vivieron antes del diluvio se regocijaron con el misterioso lenguaje de nuestro

texto, y confiando en él, murieron en la fe. Hermanos, ustedes tampoco deben considerarla como una revelación inadecuada pues, si lo consideran atentamente, está maravillosamente llena de significado. Si hoy hubiera tenido en mente tratar doctrinalmente esta revelación, creo que habría podido demostrarles que contiene todo el Evangelio. Están presentes en su interior —cual un roble en germen dentro de una bellota— todas las grandes verdades que conforman el Evangelio de Cristo. Observen que allí está presente el gran misterio de la encarnación. Cristo es esa simiente de la mujer de la que se habla allí; y hay una alusión bastante clara a cómo se efectuaría la encarnación. Jesús no nació conforme al proceso ordinario de los hijos de los hombres. María fue cubierta con la sombra del Espíritu Santo, y “el Santo Ser” (Lc. 1:35) que nació de ella era, en cuanto a su humanidad, únicamente simiente de la mujer; como está escrito, “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is. 7:14). La promesa enseña claramente que el libertador nacería de una mujer, y, visto cuidadosamente, también anuncia el método divino de la concepción y el nacimiento del Redentor. También se enseña aquí claramente la doctrina de las dos simientes, “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya”. Evidentemente habría en el mundo una simiente de la mujer del lado de Dios y en contra de la serpiente, y una simiente de la serpiente que estaría siempre del lado del mal tal como ocurre hasta este día. Coexisten la iglesia de Dios y la sinagoga de Satanás. Vemos a un Abel y a un Caín, a un Isaac y a un Ismael, a un Jacob y a un Esaú; vemos a los que son nacidos según la carne y que son hijos de su padre el diablo, pues hacen sus obras, y vemos a los que son nacidos de nuevo —nacidos según el Espíritu, según el poder de la vida de Cristo— que son en Cristo Jesús la simiente de la mujer y que contienden denodadamente con el dragón y su simiente. Aquí, también, está claramente anunciado el grandioso hecho de los sufrimientos de Cristo: “Tú le herirás en el calcañar”. Dentro del significado de esas palabras encontramos la historia completa de los dolores de nuestro Señor desde Belén hasta el Calvario: “Ésta te herirá en la cabeza”; ahí está el desmoronamiento del regio poder de Satanás, ahí está la remoción del pecado, ahí está la destrucción de la muerte por la resurrección, ahí está el llevar cautiva la cautividad en la ascensión, ahí está la victoria de la verdad en el mundo por medio del descenso del Espíritu, y ahí está la gloria de los últimos días en los que Satanás será atado, y ahí está, por último, el lanzamiento del maligno y de todos sus seguidores en el lago de fuego. Tanto el conflicto como la victoria están dentro del significado de estas pocas palabras fructíferas. Pudieran no haber sido plenamente comprendidas por quienes las oyeron por primera vez,

pero para nosotros están ahora llenas de luz. Inicialmente el texto semeja un pedernal, duro y frío, pero de él salen chispas en abundancia, pues escondidos fuegos de infinito amor y de gracia se ubican en su interior. Debemos regocijarnos sobremanera por esta promesa de un Dios misericordioso.

Nosotros desconocemos qué entendieron nuestros primeros padres con esta promesa, pero podemos tener la seguridad de que extrajeron de ella muchísimo consuelo. Seguramente entendieron que no iban a ser destruidos inmediatamente, porque el Señor había hablado de una “simiente”. Argumentarían que era necesario que Eva viviera si de ella vendría una simiente. Entendieron, también, que si esa simiente habría de vencer a la serpiente y herirla en su cabeza, eso tenía que ser un buen augurio para ellos mismos; no podían dejar de ver que les habría de ser conferido algún grande y misterioso beneficio por la victoria que su simiente obtendría sobre el instigador de su ruina. Siguieron adelante creyendo esto y fueron consolados en los dolores de las preñeces y en los arduos trabajos, y no dudo de que tanto Adán como su esposa entraran en el reposo eterno creyendo en esas cosas.

Esta mañana me propongo utilizar este texto de tres maneras. Primero, notaremos sus hechos; en segundo lugar, consideraremos la experiencia en el interior del corazón de cada creyente que concuerda con esos hechos; y luego, en tercer lugar, consideraremos el estímulo que tanto el texto como su contexto en su conjunto nos proporcionan.

## **I. Los hechos**

Los hechos son cuatro, y yo les pido su profunda atención a los mismos. El primero es que fue provocada una enemistad. El texto comienza, “Pondré enemistad entre ti y la mujer”. Habían sido muy amigos; la mujer y la serpiente se habían tratado. La mujer pensaba en aquel tiempo que la serpiente era su amiga, y era su amiga a tal grado que siguió su consejo a pesar del precepto de Dios, y estuvo dispuesta a creer cosas malas acerca del grandioso Creador sólo porque esta serpiente astuta y malvada se las insinuaba. Ahora bien, en el momento en que Dios habló, esa amistad entre la mujer y la serpiente había concluido en cierta medida, pues ella había acusado a la serpiente ante Dios, diciendo: “La serpiente me engañó, y comí” (Gn. 3:13). Hasta aquí todo va bien. La amistad de los pecadores no dura mucho; ya han comenzado a contender y entonces el Señor interviene y aprovecha misericordiosamente el altercado que había iniciado, y dice: “Voy a acrecentar este desacuerdo y voy a poner enemistad entre ti y la mujer”. Satanás contaba con que los descendientes del hombre



serían sus aliados, pero Dios iba a romper ese pacto con el infierno, e iba a levantar una simiente que haría la guerra contra el poder satánico. Tenemos entonces aquí la primera declaración de Dios de que establecerá un reino rival que se opondrá a la tiranía del pecado y de Satanás; que generará en los corazones de una simiente elegida una enemistad contra el mal, de tal manera que lucharán contra él y con mucho esfuerzo y dolor vencerán al príncipe de las tinieblas. El Espíritu divino ha cumplido abundantemente este plan y propósito del Señor, combatiendo con el ángel caído por medio de un varón glorioso y convirtiendo al hombre en el enemigo y vencedor de Satanás. A partir de aquel momento la mujer habría de odiar al maligno y no dudo que lo hiciera. Tenía muchas razones para hacerlo, y cuantas veces pensara en él lo haría con un infinito remordimiento de haber escuchado sus palabras maliciosas y engañosas. La simiente de la mujer ha tenido también una perenne enemistad con el maligno. No me refiero a la simiente carnal, pues Pablo nos dice: “No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes” (Rm. 9:8). No se refiere a la simiente carnal del hombre y la mujer, sino a la simiente espiritual, es decir, a Cristo Jesús y a los que están en él. Siempre que te encuentras con ellos comprobarás que odian a la serpiente con un odio perfecto. Si pudiéramos destruir en nuestras almas toda obra de Satanás, lo haríamos, y arrancaríamos todo el mal que él ha plantado y lo echaríamos fuera de este pobre mundo afligido. Esa simiente de la mujer, ese glorioso Ser —pues “no dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente” (Gál. 3:16)— ustedes saben cómo aborreció al demonio y todos sus ardides. Hubo enemistad entre Cristo y Satanás, pues él vino para destruir las obras del diablo y para liberar a quienes están bajo su servidumbre. Con ese propósito nació; con ese propósito vivió; con ese propósito murió; con ese propósito se ha ido a la gloria, y con ese propósito vendrá otra vez para enfrentar a su adversario dondequiera que esté y para destruirlo completamente a él y a sus obras de entre los hijos de los hombres. Esta enemistad interpuesta entre las dos simientes fue el comienzo del plan de misericordia, el primer acto en el programa de la gracia. De la simiente de la mujer se dijo a partir de entonces: “Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Sal. 45:7).

Luego viene la segunda profecía que también se ha convertido en un hecho, es decir, la llegada del Adalid. Por la promesa la simiente de la mujer ha de ser defensora de la causa y oponerse al dragón. Esa simiente es el Señor Jesucristo. El profeta Miqueas dice: “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las



familias de Judá; de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad. Pero los dejará hasta el tiempo que dé a luz la que ha de dar a luz” (Mi. 5:2-3). Las palabras de la profecía no pueden referirse a nadie más que al bebé nacido de la bienaventurada Virgen en Belén. Ella fue la que concibió y dio a luz un hijo, y es con respecto a su hijo que cantamos: “Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Is. 9:6). En la memorable noche en Belén, cuando los ángeles cantaron en el cielo, apareció el linaje de la mujer y tan pronto como vio la luz, la antigua serpiente, el demonio, entró en el corazón de Herodes para matarlo si fuese posible, pero el Padre lo preservó, y no permitió que nadie pusiese las manos encima del linaje. Tan pronto como entró en el escenario de la acción, treinta años después, Satanás lo enfrentó en un combate cuerpo a cuerpo. Ustedes conocen la historia de la tentación en el desierto y cómo la simiente de la mujer luchó allí con aquel que era un mentiroso desde el principio. El demonio le atacó tres veces con toda la artillería de la adulación, de la malicia, de la astucia y de la falsedad, pero el Adalid sin par permaneció ileso y echó fuera del campo a su enemigo. Luego nuestro Señor estableció su reino, y atrajo a él a uno y a otro y llevó la guerra al país del enemigo. En diversos lugares echó fuera demonios. Habló al espíritu malvado e inmundo diciéndole: “Yo te mando, sal de él” (Mr. 9:25), y el demonio fue expulsado. Legiones de demonios huyeron delante de él; buscaban esconderse en los cerdos para escapar del terror de su presencia. “¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” (Mt. 8:29), era su alarido cuando el Cristo taumaturgo los desalojaba de los cuerpos que ellos atormentaban. Sí, y él hizo que sus propios discípulos fueran poderosos contra el maligno pues en su nombre echaban fuera demonios, al punto que Jesús dijo: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lc. 10:18). Luego vino un segundo conflicto personal, pues yo entiendo que las aflicciones de Getsemaní fueron en gran medida causadas por un ataque personal de Satanás, pues nuestro Maestro dijo: “Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas” (Lc. 22:53). Dijo también: “Viene el príncipe de este mundo” (Jn. 14:30). Qué lucha fue aquella. Aunque Satanás nada tenía en Cristo, buscaba, de ser posible, apartarlo de consumir el grandioso sacrificio, y allí sudó nuestro Maestro como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra en la agonía que le costó contender con el diablo. Fue entonces que nuestro Adalid comenzó la última lucha de todas que ganó al punto que hirió la cabeza de la serpiente. Y no terminó hasta que hubo despojado a los principados y a las potestades y los hubo exhibido públicamente.

*“Ahora ha pasado la hora de las tinieblas,  
Cristo ha asumido su reinante poder;  
He aquí el gran acusador ha sido derrocado  
De su asiento para no reinar más”.*

Nuestro glorioso Señor continúa el conflicto en su simiente. Nosotros predicamos a Cristo crucificado, y cada sermón hace que tiemblen las puertas del infierno. Nosotros llevamos a los pecadores a Jesús por el poder el Espíritu, y cada convertido es una piedra arrancada de la pared del poderoso castillo de Satanás. Sí, y el día vendrá cuando el maligno será vencido en todas partes y serán cumplidas las palabras de Juan en el Apocalipsis. “Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo, porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche” (Ap. 12:9-10). Así prometió el Señor Dios en las palabras de nuestro texto un Adalid que sería la simiente de la mujer y entre él y Satanás habría guerra por los siglos de los siglos; ese Adalid ha llegado, ‘el hijo varón’ ha nacido, y aunque el dragón está airado con la mujer y hace la guerra contra el remanente de su simiente que guarda el testimonio de Jesucristo, no obstante la batalla es del Señor y la victoria le corresponde a aquel cuyo nombre es Fiel y Verdadero, quien juzga y hace la guerra en justicia.

El tercer hecho que surge del texto, aunque no en ese orden preciso, es que el calcañar de nuestro Adalid sería herido. ¿Necesitan que les explique esto? Ustedes saben cómo a lo largo de toda su vida su calcañar, esto es, su parte inferior, su naturaleza humana, era sometida a sufrir perpetuamente. Él llevó nuestras enfermedades y dolores. Pero la provocación de las heridas llegó principalmente cuando tanto en cuerpo como en mente su naturaleza humana entera fue conducida a la agonía, cuando su alma estaba muy triste hasta la muerte y sus enemigos traspasaron sus manos y sus pies, y él soportó la vergüenza y el dolor de la muerte por crucifixión. ¡Miren a su Señor y a su Rey sobre la cruz, todo teñido con sangre y polvo! Allí fue herido su calcañar de manera sumamente cruel. Cuando bajan ese precioso cuerpo y lo envuelven en limpio lino blanco y lo cubren con especias y lo colocan en la tumba de José, lloran mientras cargan ese cofre en el que había morado la Deidad pues allí Satanás había herido su calcañar otra vez. No se trataba meramente de que Dios le había herido, “Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo” (Is. 53:10), sino de que el demonio había desatado a Herodes, y a Pilato, y a Caifás, y a los judíos, y a

los romanos, todos ellos siendo sus instrumentos, para ponerlos en contra de aquel que sabía que era el Cristo, de manera que fue herido por la serpiente antigua. ¡Sin embargo, eso fue todo! ¡Únicamente fue herido su calcañar; no fue herida su cabeza! Pues, he aquí, el Adalid resucita; la herida no fue ni permanente ni mortal. A pesar de que él muere, es tan breve el intervalo en que dormita en la tumba que su santo cuerpo no ve la corrupción, y sale de ahí perfecto y hermoso en su humanidad, levantándose de la tumba como de un reconfortante sueño después de un día muy largo de incesante trabajo! ¡Oh, el triunfo de esa hora! Así como Jacob cuando venció al ángel sólo cojeaba de su cadera, así también Jesús sólo retiene una cicatriz en su calcañar, la cual ostenta en los cielos como su gloria y hermosura. Delante del trono semeja un cordero que ha sido inmolado, pero vive para Dios en el poder de una vida sin fin.

A continuación viene el cuarto hecho, es decir, que mientras su calcañar estaba siendo herido, él iba a pisar la cabeza de la serpiente. La figura representa al dragón infligiendo una herida en el calcañar del Adalid, pero al mismo tiempo el propio Adalid aplasta con ese calcañar la cabeza de la serpiente con un efecto fatal. Por sus sufrimientos Cristo ha vencido a Satanás; con el calcañar herido él ha pisado la cabeza que planeó provocar la herida.

*“He aquí, lo inmolan los hijos del infierno;  
Pero mientras pende entre la tierra y los cielos,  
Él le propina a su príncipe un golpe fatal,  
Y triunfa sobre las potestades inferiores”.*

Aunque Satanás no está muerto, hermanos míos —yo estaba a punto de decir que ojalá lo estuviera— y aunque no se ha convertido y nunca se convertirá, y la malicia de su corazón permanecerá siempre en él, con todo, Cristo ha aplastado su cabeza de tal manera que no ha podido lograr sus propósitos. Satanás tenía la intención de hacer que la raza humana fuera cautiva de su poder, pero más bien es redimida de su yugo de hierro. Dios ha liberado a muchos, y el día vendrá cuando él limpiará a la tierra entera del rastro asqueroso de la serpiente, de tal manera que el mundo entero se llenará de las alabanzas de Dios. La serpiente pensaba que este mundo sería el escenario de su victoria sobre Dios y el bien, en vez de lo cual ya es el más grandioso teatro de sabiduría divina, de amor, gracia y poder. Ni el cielo mismo resplandece tanto con misericordia como la tierra, pues es aquí que el Salvador derramó su sangre, cosa que no puede decirse de los atrios del paraíso en lo alto. Además, sin duda pensó que al conducir a nuestra raza al descarrío y acarrearle la muerte había entorpecido eficazmente la obra del Señor. Se regocijaba porque todos experimentarían el gélido sello de la muerte y porque sus cuerpos se pudrirían

en el sepulcro. ¿Acaso no había arruinado la obra de las manos de su grandioso Señor? Dios puede hacer al hombre como una curiosa criatura con venas y vasos sanguíneos entrelazados, y con tendones y músculos, y puede poner en su nariz el aliento de vida; pero, “Ah,” dice Satanás, “yo he inyectado un veneno en él que lo hará volver al polvo del que fue tomado”. Pero ahora, he aquí que nuestro Adalid cuyo calcañar fue magullado ha resucitado de los muertos, y nos ha dado una garantía de que todos sus seguidores también resucitarán de entre los muertos. Así Satanás es anulado pues la muerte no retendrá ningún hueso, y ni siquiera un trozo de hueso de alguno de los que pertenecen a la simiente de la mujer. Al sonido de la trompeta del arcángel se levantarán desde la tierra y desde el mar, y este será su grito: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Co. 15:55). Sabiendo esto Satanás, siente ya que por la resurrección su cabeza está aplastada. ¡Gloria sea dada al Cristo de Dios por esto!

En multitudes de otras formas el demonio ha sido vencido por nuestro Señor Jesús, y así lo será siempre hasta que sea arrojado al lago de fuego.

## **II. Nuestra experiencia**

Veamos ahora nuestra experiencia que concuerda con estos hechos. Hermanos y hermanas, todos los que hemos sido salvados éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Prescindiendo de cuán piadosos hayan sido nuestros padres el primer nacimiento no nos trajo ninguna vida espiritual pues la promesa no es para los que son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino sólo para quienes son engendrados de Dios. “Lo que es nacido de la carne, carne es” (Jn. 3:6); no puede lograrse que sea otra cosa; sigue siendo lo mismo, y la carne, o la mente carnal, permanece en la muerte; los designios de la carne “no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Rm. 8:7). Aquel que nace en este mundo sólo una vez, y no sabe nada del nuevo nacimiento, debe ubicarse en medio de la simiente de la serpiente pues únicamente por la regeneración podemos reconocernos como la simiente verdadera. ¿Cómo trata Dios con nosotros que somos sus llamados y sus escogidos? Él tiene la intención de salvarnos y ¿cómo obra para ese fin?

Lo primero que hace es que viene a nosotros en misericordia, y pone enemistad entre nosotros y la serpiente. Esa es la primerísima obra de gracia. Una vez hubo paz entre nosotros y Satanás; cuando él tentó, nosotros cedimos; creímos todo lo que nos enseñó; éramos sus esclavos voluntarios. Pero, hermanos míos, tal vez ustedes puedan recordar cuando antes que nada comenzaron a sentirse inquietos e insatisfechos; los placeres del mundo no les

agradaban más; parecía que se había exprimido todo el jugo de la manzana, y ya no les quedaba nada sino la semilla que no podían comer del todo. Luego de pronto percibieron que estaban viviendo en pecado y se sintieron infelices al respecto, y aunque aún no se podían deshacer del pecado, ustedes lo odiaban, y se lamentaban, y lloraban y gemían. En lo más profundo de sus corazones ya no permanecían del lado del mal, pues comenzaron a dar voces diciendo: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?” (Rm. 7:24). En el pacto de gracia ustedes ya habían sido ordenados desde la antigüedad para ser la simiente de la mujer, y ahora el decreto comenzó a descubrirse en la vida que les fue otorgada y que obraba en ustedes. El Señor en infinita misericordia dejó caer la vida divina en sus almas. Ustedes no lo sabían, pero ahí estaba, una chispa del fuego celestial, la simiente viva e incorruptible que permanece para siempre. Comenzaron a odiar el pecado y gemían bajo su peso como bajo un amargo yugo; les pesaba más y más; no podían soportarlo; odiaban su simple pensamiento. Así les sucedía; ¿les sucede así ahora? ¿Hay todavía enemistad entre ustedes y la serpiente? Ciertamente ustedes son cada vez más los jurados enemigos del mal y están dispuestos a reconocerlo.

Entonces llegó el Adalid: es decir, “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27). Oyeron acerca de él y entendieron la verdad con respecto a él, y parecía algo maravilloso que él fuera su sustituto y ocupara el lugar y la posición de ustedes, y llevara su pecado y toda su maldición y su castigo, y que él diera su justicia, sí, su propia persona, para que ustedes fueran salvados. Ah, entonces vieron cómo podía ser vencido el pecado, ¿no es cierto? Tan pronto como su corazón comprendió a Cristo, entonces vieron que lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Cristo era capaz de lograrlo, y que el poder del pecado y de Satanás bajo el cual habían estado esclavizados y que ahora aborrecían, podía ser quebrantado y destruido y lo sería porque Cristo vino al mundo para vencerlo.

A continuación, ¿recuerdas cómo fuiste conducido a ver el calcañar herido de Cristo y a quedarte asombrado y a observar lo que había obrado en él la enemistad de la serpiente? ¿No comenzaste a sentir tú mismo el calcañar herido? ¿No te atormentaba el pecado? ¿Acaso su simple pensamiento no te vejaba? ¿Acaso tu propio corazón no se volvió una plaga para ti? ¿No comenzó a tentarte Satanás? ¿No te inyectó pensamientos blasfemos y no te incitaba a tomar medidas desesperadas? ¿No te enseñó a dudar de la existencia de Dios, y de la misericordia de Dios, y de la posibilidad de tu salvación, y así sucesivamente? De esa manera roía tu calcañar. Todavía practica sus viejas

mañas. Con un gozo malicioso él aflige a quien no puede devorar. ¿No te comenzaron a molestar tus amigos mundanos? ¿No te dieron la espalda porque vieron algo en ti que era muy extraño y raro para su gusto? ¿No atribuyeron tu conducta al fanatismo, al orgullo, a la obstinación, a la intolerancia y a cosas parecidas? Ah, esta persecución se debe a que la simiente de la serpiente está comenzando a descubrir a la simiente de la mujer para continuar con la vieja guerra. ¿Qué dice Pablo? “Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora” (Gá. 4:29). La verdadera piedad es algo artificial y extraño para ellos, y no pueden terminar con eso. Aunque ya no hay hogueras en Smithfield, ni hay potros de tormento en la Torre, la enemistad del corazón humano en contra de Cristo y de su simiente es precisamente la misma, y muy a menudo se hace evidente en “vituperios” (He. 11:36) que son muy difíciles de soportar para los corazones tiernos. Bien esto es que su calcañar está siendo herido para que se identifique con las heridas sufridas por el calcañar de la gloriosa simiente de la mujer.

Pero, hermanos, ¿saben algo del otro hecho, es decir, que nosotros vencemos pues la cabeza de la serpiente es quebrantada en nosotros? ¿Cómo dices? ¿Acaso no son quebrantados en ustedes el poder y el dominio del pecado? ¿Acaso no sienten que no pueden pecar porque son nacidos de Dios? Algunos pecados que eran una vez amos de ustedes no los turban ahora. Conocí un hombre que era culpable de decir juramentos profanos, pero desde el momento de su conversión no ha tenido nunca ninguna dificultad con eso. Hemos conocido a un hombre arrebatado a la borrachera, y por la gracia divina la cura ha sido muy maravillosa y completa. Hemos conocido a unos individuos que han sido liberados de una vida inmunda, y se han vuelto castos y puros de inmediato porque Cristo le ha propinado tales golpes al antiguo dragón que ya no podía tener poder sobre ellos en ese sentido. La simiente elegida peca y lo lamenta, pero no son esclavos del pecado; su corazón no va tras el pecado; tienen que decir algunas veces, “el mal que no quiero, eso hago” (Rm. 7:19), pero son infelices cuando es así. Ellos están de acuerdo en su corazón que la ley de Dios es buena, y suspiran y claman pidiendo ayuda para obedecerla pues ya no están más bajo la esclavitud del pecado; en ellos son quebrantados el poder reinante y el dominio de la serpiente.

A continuación, es quebrantado de esta manera: que la culpa del pecado desaparece. El gran poder de la serpiente radica en el pecado no perdonado. La serpiente clama: “Te he hecho culpable; yo te puse bajo maldición”. “No”, decimos nosotros, “hemos sido liberados de la maldición y ahora somos bendecidos, pues escrito está: ‘Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido

perdonada, y cubierto su pecado' (Sal. 32:1)". Ya no somos más culpables, pues "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?" (Rm. 8:33). Porque Cristo ha justificado, "¿Quién es el que condenará?" (Rm. 8:34). He aquí un golpe contundente a la cabeza del antiguo dragón del que nunca se recuperará.

Con mucha frecuencia el Señor nos concede saber también qué es vencer la tentación, y romper así la cabeza del diablo. Satanás nos atrae con muchas carnadas; él ha estudiado bien nuestros puntos, conoce la debilidad de la carne; ¡pero muchísimas veces, bendito sea Dios, lo hemos anulado completamente para su eterna vergüenza! El diablo debe de haberse sentido ruin aquel día cuando trató de vencer a Job, cuando lo arrastró hasta un muladar, le robó todo, lo cubrió de llagas, y con todo, no pudo hacer que cediera. Job venció cuando clamó: "He aquí, aunque él me matare, en él esperaré" (Job 13:15). Un débil hombre había vencido a un demonio que podía desatar al viento, derribar una casa y destruir a la familia que festejaba en ella. Diablo como es y príncipe coronado del poder del aire, fue derrotado por el pobre patriarca enlutado (uno de la simiente de la mujer) que estaba sentado cubierto de llagas sobre el muladar, gracias a la fuerza de la vida interior.

*"Ustedes hijos de Dios, opónganse a su furia,  
Resistan, y él se irá;  
Así se le enfrentó nuestro amadísimo Señor  
Y solo le venció".*

Además, amados hermanos, tenemos la esperanza de que la propia existencia del pecado en nosotros será destruida. El día vendrá cuando seremos sin mancha ni arruga, ni cosa parecida, y estaremos delante del trono de Dios sin haber sufrido lesión alguna por la caída y por todas las maquinaciones de Satanás, pues "son sin mancha delante del trono de Dios" (Ap. 14:5). ¡Qué triunfo será ese! "El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies" (Rm.16:20). Cuando él los haya perfeccionado y liberado de todo pecado, como lo hará, ustedes en verdad habrán herido la cabeza de la serpiente.

Y también en su resurrección, cuando Satanás los vea levantarse desde la tumba como alguien que ha sido perfumado en un baño de especias, cuando los vea levantarse en la imagen de Cristo con el mismo cuerpo que fue sembrado en corrupción y debilidad, resucitado entonces en incorrupción y poder, sentirá una infinita desazón y sabrá que su cabeza fue pisada por la simiente de la mujer.

Debo agregar que cada vez que alguien de nosotros es utilizado en salvar almas, repetimos, por así decirlo, el aplastamiento de la cabeza de la serpiente.



Amada hermana, cuando vas entre esos pobres niños y los recoges de las alcantarillas donde son presa de Satanás, donde él encuentra la materia prima para hacer ladrones y criminales, y cuando por tus medios, por la gracia de Dios, los pequeños descarriados se vuelven hijos del Dios viviente, entonces tú, en tu medida, hieres la cabeza de la antigua serpiente. Yo te ruego que no lo perdones. Cuando nosotros, por la predicación del Evangelio, volvemos a los pecadores del error de sus caminos de manera que escapan del poder de las tinieblas, herimos de nuevo la cabeza de la serpiente. Siempre que de cualquier forma o manera ustedes son bendecidos para la ayuda de la causa de la verdad y de la justicia en el mundo, también ustedes, que una vez estuvieron bajo su poder y aun ahora tienen que sufrir algunas veces sus mordiscos en los tobillos, pisotean su cabeza. Ustedes vencen en todas las liberaciones y victorias, y demuestran que esta promesa es verdadera: “Sobre el león y el áspid pisarás; hollarás al cachorro del león y al dragón. Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre” (Sal. 91:13-14).

### **III. La motivación**

Hablemos un momento sobre la motivación que nuestro texto y el contexto nos proporcionan, pues me parece que abunda.

Hermanos, yo quiero que ejerciten la fe en la promesa y que sean consolados. Evidentemente el texto animó mucho a Adán. No creo que le hayamos dado suficiente importancia a la conducta de Adán después de que el Señor le hubo hablado. Noten la sencilla pero concluyente prueba que dio de su fe. Algunas veces una acción pudiera ser muy insignificante y sin importancia, y, con todo, tal como una paja muestra en qué dirección sopla el viento, esa acción puede exhibir de inmediato, si se reflexiona al respecto, el estado integral de la mente del hombre. Adán actuó creyendo en lo que Dios dijo, pues leemos, “Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva [o Vida], por cuanto ella era madre de todos los vivientes” (Gn. 3:20). Ella no era de ninguna manera una madre en ese momento, pero como la vida vendría por medio de ella en virtud de la simiente prometida, Adán afirma su plena convicción en la verdad de la promesa aunque en aquel momento la mujer no hubiera dado a luz a ningún hijo. Allí estaba Adán, recién salido de la imponente presencia de Dios, ¿qué más podía decir? Pudo haber dicho con el profeta: “Mi carne se ha estremecido por temor de ti” (Sal. 119:120), pero aun entonces se vuelve hacia su culpable compañera al tiempo que ella está temblando allí también, y la llama Eva, madre de la vida por venir. El Padre Adán habló grandilocuentemente: eso lo hace elevarse en

nuestra estimación. Si hubiese sido dejado a sí mismo habría murmurado o al menos se habría desesperado, pero no, su fe en la nueva promesa le dio esperanza. No pronunció ni una sola palabra de queja contra la condenación de arar con trabajo la tierra ingrata, ni de parte de Eva hubo una sola palabra de queja sobre las aflicciones que acompañarían a la condición de madre; cada uno de ellos acepta la bien merecida sentencia lo cual denota la perfección de su resignación; su única palabra está llena de sencilla fe. No había ningún hijo en quien fijar sus esperanzas, y la verdadera simiente no nacería sino hasta después de muchas edades; con todo Eva ha de ser la madre de todo ser viviente, y así la llama.

Hermano mío, ejercita una fe semejante en la más amplia revelación que Dios te ha dado y siempre extrae el mayor consuelo de ella. Siempre que recibas una promesa de Dios, asegúrate de extraer lo más que puedas de ella; si implementas esa regla, será maravilloso el consuelo que obtendrás. Algunas personas proceden sobre el principio de obtener lo mínimo posible de la palabra de Dios. Yo creo que un plan de ese tipo es una manera apropiada con respecto a un hombre de palabra: entenderla siempre al mínimo, porque eso es lo que quiere decir; pero la palabra de Dios ha de ser entendida al máximo, pues él hará abundantemente por encima de lo que pides o incluso de lo que piensas.

Noten a manera de aliciente adicional que podemos considerar nuestra recepción de la justicia de Cristo como un anticipo de la victoria final sobre el demonio. El versículo veintiuno dice: “Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió”. ¡Fue un acto de amor divino muy condescendiente, considerado e instructivo! Dios oyó lo que Adán le dijo a su mujer, y vio que era un creyente, y entonces viene y le da el tipo de la perfecta justicia que es la porción del creyente: le cubrió con un traje duradero. No más hojas de higuera, que eran una simple burla, sino un traje bien adecuado que había sido obtenido por medio de la muerte de una víctima; el Señor trae eso y se lo pone a Adán, y Adán ya no podía decir más: “Estoy desnudo”. ¿Cómo podía estarlo si Dios lo había vestido?

Ahora, amados, de la promesa que nos es dada concerniente a la victoria de nuestro Señor sobre el demonio tomemos este artículo específico y regocijémonos en él, pues Cristo nos ha liberado del poder de la serpiente que abrió nuestros ojos y nos dijo que estábamos desnudos, cubriéndonos desde la cabeza a los pies con una justicia que nos adorna y que nos protege, de manera que nuestro corazón está tranquilo y somos hermosos a los ojos de Dios y ya no estamos avergonzados.

A continuación, a modo de estímulo en la prosecución de la vida cristiana, yo les diría a los jóvenes que esperen ser asediados. Si han tenido problemas por ser cristianos, han de ser estimulados por ello; no lo lamenten ni lo teman del todo, antes bien regocíjense en ese día, y den saltos de gozo, pues esta es la señal constante del pacto. Hay todavía enemistad entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, y si no experimentaran nada de eso podrían comenzar a temer que estaban del lado equivocado. Ahora que se duelen bajo la mueca del sarcasmo y de la opresión, regocíjense y triunfen, pues ahora participan con la gloriosa simiente de la mujer en pisotear el calcañar de la serpiente.

De esto proviene un estímulo adicional. Tu sufrimiento como cristiano no recae sobre ti por culpa tuya; tú eres un compañero de la gran simiente de la mujer; tú eres un aliado de Cristo. No debes pensar que el diablo se preocupa mucho por ti; la batalla en ti es en contra de Cristo. Vamos, si no estuvieras en Cristo, el demonio no te molestaría nunca. Cuando estabas sin Cristo en el mundo podías pecar como quisieras pero tus parientes y tus compañeros de trabajo no se habrían molestado para nada contigo, y más bien se habrían unido a ti en el pecado; pero ahora la simiente de la serpiente te odia en Cristo. Esto exalta los sufrimientos de la persecución a una posición muy por encima de todas las aflicciones comunes. Me enteré de una mujer que fue condenada a muerte en los días marianos, y antes de que llegara el momento de ser quemada le nació un niño, y ella gritaba en su aflicción. Un maligno adversario que estaba junto a ella le preguntó: “¿Cómo podrías morir por tu religión si haces ahora tanto escándalo?” “Ah”, respondió ella, “ahora sufro en mi propia persona como una mujer, pero entonces yo no voy a sufrir, sino Cristo en mí”. Y estas no eran palabras ociosas, pues soportó su martirio con ejemplar paciencia, y se levantó al cielo en su carro de fuego en santo triunfo. Si Cristo está en ti, nada hará que desfallezcas sino que vencerás al mundo, a la carne, y al demonio por la fe.

Por último, resistamos siempre al demonio con esta creencia que le ha sido aplastada la cabeza. Estoy inclinado a pensar que la manera que tenía Lutero de reírse del demonio era muy buena ya que es digno de vergüenza y de desprecio sempiterno. Lutero le arrojó una vez un tintero a la cabeza cuando lo estaba tentando muy intensamente, y aunque el acto en sí mismo pareciera ser muy absurdo, fue con todo una verdadera ilustración de lo que ese gran reformador fue a lo largo de toda su vida, pues los libros que escribió equivalían verdaderamente a un tintero arrojado a la cabeza del diablo. Eso es lo que tenemos que hacer: hemos de resistirle por todos los medios. Hagamos esto valerosamente, y digámosle en su cara que no le tenemos miedo. Díganle que

recuerde su cabeza herida, que él trata de cubrir con una corona de orgullo, o con una capucha papista, o con un gorro de doctor infiel. Lo conocemos y vemos las heridas mortales que ostenta. Su poder se ha desvanecido; está peleando una batalla perdida; está conteniendo contra la omnipotencia. Se ha puesto contra el juramente del Padre; contra la sangre del Hijo encarnado; contra el eterno poder y la Deidad del Espíritu bendito, todos los cuales están comprometidos en la defensa de la simiente de la mujer en el día de la batalla. Por tanto, hermanos, permanezcan firmes resistiendo al maligno, siendo fuertes en la fe, dando gloria a Dios.



*Es por tu sangre, inmortal Cordero,  
Que Tus ejércitos pisotean al tentador;  
Es por Tu palabra y poderoso nombre  
Que ganan la batalla y el renombre.*

*Regocíjense, cielos; que cada estrella  
Brille con nuevas glorias alrededor del cielo;  
Santos, mientras cantan la guerra celestial,  
Levanten en alto el nombre de su Libertador.*